

En Museo de la Universidad de Antioquia, *Colección de antropología: herencia, patrimonio y memoria*. Medellín (Colombia): Museo de la Universidad de Antioquia.

Comunidades negras del Pacífico colombiano.

Restrepo, Eduardo.

Cita:

Restrepo, Eduardo (2014). *Comunidades negras del Pacífico colombiano*. En Museo de la Universidad de Antioquia *Colección de antropología: herencia, patrimonio y memoria*. Medellín (Colombia): Museo de la Universidad de Antioquia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eduardo.restrepo/40>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph6y/qao>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Colección de Antropología

Herencia, Patrimonio y Memoria



MUJA



COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA HERENCIA, PATRIMONIO Y MEMORIA

ISBN 978-958-8848-50-1
Primera edición
Medellín, Colombia, 2014

Créditos

MINISTERIO DE CULTURA

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

Sergio Fajardo Valderrama
Gobernador de Antioquia

Juan Carlos Sánchez Restrepo
Director Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia

Luis Guillermo López Bonilla
Líder Área de Patrimonio Cultural

MUNICIPIO DE MEDELLÍN

Aníbal Gaviria Correa
Alcalde de Medellín

María del Rosario Escobar Pareja
Secretaria de Cultura Ciudadana

Herman Montoya Gil
Líder Programa Memoria y Patrimonio

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Sergio Fajardo Valderrama
Presidente del Consejo Superior

Alberto Uribe Correa
Rector

Pablo Patiño Grajales
Vicerrector de Extensión

Santiago Ortiz Aristizábal
Director Muua

Santiago Ortiz Aristizábal
Curador Colección de Antropología

Hernán Alberto Pimienta Buriticá
Coordinador Colección de Antropología

Sandra Turbay Ceballos
Marta Isabel Matute Campuzano
Ana Isabel Cruz Gaviria
Santiago Ortiz Aristizábal
Hernán Alberto Pimienta Buriticá
Roberto Lleras Pérez
Carlos Eduardo López Castaño
Eduardo Restrepo Uribe
Textos

Henry Eduardo García Gaviria
Juan Fernando Gutiérrez Londoño
Juan Fernando García Castro
Corrección de Estilo y de Prueba

Hernán Alberto Pimienta Buriticá
Fichas técnicas Colección de Antropología

Hernán Alberto Pimienta Buriticá
Pies de foto Colección de Antropología

Hernán Alberto Pimienta Buriticá
Fabio Hernán Arboleda Echeverri
Fotografía Colección de Antropología

Museo del Instituto de Antropología
Archivo Fotográfico Graciliano Arcila Vélez

Luis Alfonso Orozco Díaz

Oscar Botero

David Romero Duque

Wilmar Zuleta Bedoya

Guillaume Collanges - Amichocó

Otras fotografías

Víctor Manuel Aristizábal Giraldo

Diseño y Diagramación

Portada

Máscara

Valle del Cauca (Calima - atribuido)

14,4 cm. x 16,3 cm. x 10,5 cm.

Máscara antropomorfa elaborada en hueso con decoración incisa y grabados en forma de espiral

Colección Museo Universidad de Antioquia

F: Hernán Alberto Pimienta Buriticá

2013

Contraportada

Volante de huso

Barrio Guayabal, Medellín, Antioquia (Tardío)

1,5 cm. x 5,3 cm.

Colección Museo Universidad de Antioquia

I. Víctor Manuel Aristizábal Giraldo

2013

Impresión

LYS Comunicación Gráfica

Universidad de Antioquia, Vicerrectoría de Extensión, Museo Universidad de Antioquia

Calle 67 Nro. 53 – 108, Bloque 15, Ciudad Universitaria

(574) 219 51 85 – <http://museo.udea.edu.co> – comunicacionesmuseo@quimbaya.udea.edu.co

Las ideas, conceptos y opiniones que contienen los diferentes artículos del presente libro son responsabilidad exclusiva de los autores.

Este catálogo recibió el apoyo del Banco Universitario de Programas y Proyectos de Extensión – BUPPE, de la Vicerrectoría de Extensión de la Universidad de Antioquia y de los recursos Iva a la Telefonía Móvil del Ministerio de Cultura de la República de Colombia.

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 31-43 del capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor. Se agradece la autorización de las instituciones para su reproducción, en especial a la Fundación Amigos del Chocó – Amichocó y al señor Luis Alfonso Orozco Díaz.

Contenido

- 8 Presentación
- 12 Colección de Antropología
- 20 Breve historia de la arqueología en Colombia
- 44 El patrimonio arqueológico en Antioquia: retrospectiva y proyecciones hacia el nuevo milenio
- 82 La etnografía y los museos: las colecciones como experiencia cultural
- 102 Comunidades negras del Pacífico colombiano
- 138 Pueblos indígenas de Antioquia
- 152 Referencias bibliográficas



Comunidades negras del Pacífico colombiano

*Eduardo Restrepo Uribe**



*Antropólogo de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia) y de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill (Estados Unidos). Investigador del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia). Profesor de la Maestría en Estudios Culturales de la misma universidad.



E

l Pacífico colombiano es una región de inmensa riqueza natural. Desde el Darién, en la frontera norte con Panamá, hasta el río Mira, en el extremo sur, un denso tejido de ríos, bosques y manglares constituye una de las regiones con mayor diversidad biológica de todo el planeta (Leyva, 1993). Por todos lados palpitan las más extraordinarias formas de vida. Innumerables cangrejos coloridos que se escabullen por los manglares, las imponentes ballenas azules que súbitamente saltan de entre las aguas del océano, o diferentes tipos de osos perezosos que se mueven lentamente por entre la copa de los árboles, son unos pocos ejemplos de la riqueza natural de esta región.

La región del Pacífico se caracteriza también por su inmenso patrimonio cultural. Las comunidades negras son el grupo humano con mayor presencia. Desde las playas hasta las cabeceras de los ríos, desde las casas aisladas hasta los diferentes conglomerados urbanos, las sociedades negras han originado múltiples formas culturales. Con base en legados africanos, aborígenes y europeos, estas comunidades no sólo han usado sabiamente las selvas, ríos y esteros, sino que además han creado nuevas modalidades de organización social y sistemas de pensamiento (Escobar y Pedrosa, 1996; Camacho y Restrepo, 1999).

Historia y poblamiento

La historia de las actuales comunidades negras se remonta siglos atrás, al continente africano. África, además de ser la cuna de la humanidad, es la mágica tierra en la que florecieron grandes civilizaciones. En África, los abuelos de los abuelos de las actuales poblaciones negras pudieron ser distinguidos oraliteratos, habilidosos guerreros, sabios sacerdotes o reconocidos gobernantes. Pero la codicia del hombre europeo arrancó a millones de africanos de sus familias, pueblos y naciones para forzarlos a trabajar y a morir en extensos cañaduzales o entre los lodazales de las minas. Como bozales eran conocidos estos esclavizados nacidos en África. Palabras como afro-colombianos o afro-descendientes resaltan este importante legado.

En la Nueva Granada, la mayoría de los esclavizados arribaban al puerto de Cartagena de Indias. De allí eran transportados por el río Magdalena en incipientes caminos hacia el interior del país hasta llegar a Popayán, capital de la inmensa Gobernación del Cauca. Esta gobernación cubría



Comunidad campesina / Municipio de Tadó, Chocó / F. Duilguma Collanges / Archivo fotográfico: Fundación Amigos del Chocó (Amichocó)



Actividad minera / Municipio de Tadó, Chocó / F. Guillaume Collanges / Archivo fotográfico: Fundación Amigos del Chocó (Amichocó)

gran parte de lo que hoy constituye el occidente y el sur del territorio colombiano. Una vez en Popayán, algunos esclavizados eran destinados para las haciendas del gran Valle del Cauca, otros permanecían en la ciudad desempeñando diferentes servicios y los otros fueron enviados a las minas de oro del Pacífico colombiano (Romero, 1998).

Barbacoas, Iscuandé, Condoto y Quibdó fueron algunos de los centros urbanos coloniales del Pacífico. Estos centros eran puntos de aprovisionamiento de las decenas de reales de minas dispersos por las áreas auríferas de la región (Almarío, 2001). En un real de minas podrían haber desde un puñado hasta medio centenar de esclavizados. La mayoría de ellos trabajaban en grupos, conocidos como cuadrillas, hurgando el oro de la tierra. Mujeres y hombres, jóvenes o viejos, y en ocasiones los niños, se pasaban de sol a sol encorvados removiendo piedras y barrancos con sus manos o medio sumergidos entre las turbias aguas separando las diminutas pepitas de oro mediante el habilidoso meneo de bateas de madera especialmente labradas para ello (Jiménez, 2004).

Ya fuera por los indígenas sometidos al dominio colonial o por los mismos esclavizados, en los reales de minas se plantaban cultivos como el plátano o el maíz para la alimentación de las cuadrillas mineras. También había herreros y carpinteros dedicados a la fabricación y reparación de las herramientas y otros utensilios (Jiménez, 1998). Por sanción de la costumbre, los esclavizados contaban con un día a la semana que podían destinar como mejor les pareciera. Para complementar su dieta, algunos dedicaban estos días a la cacería de venados, guatines o tatabros en los montes cercanos. Otros los destinaban a los cultivos de su propiedad y cuyas cosechas eran vendidas al Real de Minas propio o a uno ajeno. Muchos exploraban nuevas minas con la intención de ahorrar el dinero suficiente para comprar su propia libertad.

Hacia el final de la Colonia, en el Pacífico colombiano más de la mitad de los esclavizados eran libres, porque en su mayoría habían pagado a sus antiguos esclavizadores el precio de su libertad en oro (Hoffmann, 2007). No fueron pocos quienes tuvieron que ahorrar durante muchos años para poder emanciparse del yugo esclavista. En su mayoría, eran los capitanes de las cuadrillas mineras los que tenían mayores posibilidades de lograr atesorar el precio de su libertad. Otros, sin embargo, decidieron huir hacia zonas apartadas y hacer allá su nueva vida. Como *cimarrones* se conoció a estas mujeres y hombres que huyeron del dominio esclavista. *Palenques* se llamó a los poblados que construyeron y defendieron de los ataques de los esclavizadores que pretendían reducirlos nuevamente a la esclavitud. En el Pacífico fue famoso el palenque de *El Castigo*. Loca-

lizado en el extremo sur, para mediados del siglo xviii este palenque albergaba cimarrones prófugos de los diversos reales de minas de Barbacoas e Iscuandé. Los palenques fueron los primeros pueblos libres del continente americano, unas semillas de la rebelión por la dignidad humana.

Durante el período colonial prevaleció una forma de poblamiento de la región que concentraba la población en unos cuantos centros urbanos y en los reales de minas. Como la mayoría de los depósitos auríferos estaban localizados hacia las partes altas y medias de los ríos, tanto los centros urbanos como los reales de minas se concentraron en estas áreas. El dominio colonial de la región del Pacífico era débil y limitado a las áreas auríferas donde estaban los centros y reales de minas (Villa, 1994), quedando sin control extensas zonas. Por ejemplo, durante gran parte de los siglos xvii y xviii la navegación por el río Atrato estuvo prohibida bajo pena de muerte. Esta medida extrema fue tomada por las autoridades coloniales debido a que nunca pudieron controlar el Atrato de los indígenas que no se sometieron al dominio español y por sus alianzas con ingleses y holandeses (De Granda, 1977). Casi todas las áreas costeras también escaparon al control colonial, con excepción de unos cuantos puertos como Buenaventura, Charambirá y Tumaco.

A medida que se fue consolidando el número de la población libre, la forma de poblamiento fue cambiando. Cada vez más *libres* dejaron los antiguos reales de minas y los centros urbanos coloniales para explorar los cursos medios y bajos de los ríos, así como los manglares y las playas que hasta entonces habían permanecido desconocidas para la gran mayoría de ellos (West, 2000). Así nació una nueva forma de poblamiento que caracterizó a la región del Pacífico hasta la segunda mitad del siglo xx, consistente en una dispersión de los *libres* por toda la región. Casas aisladas o pequeños conglomerados se construyeron cerca de las orillas, sobre los diques aluviales a lo largo de los ríos o sobre las líneas costeras (West, 2000).

Desde mediados del siglo xx esta forma de poblamiento empezó a cambiar hacia la consolidación de más y mayores centros urbanos. Hasta entonces casi todas las comunidades negras vivían dispersas por la región en las zonas rurales. Los núcleos urbanos se fueron consolidando como el lugar de habitación de una parte importante de la población del Pacífico (Aprile-Gnisset, 1993). Algunos de estos núcleos eran nuevos y surgían asociados con la pujanza de la industria maderera. Otros existían incluso desde el período colonial, pero empezaron a ganar mayor importancia ante el incremento de las personas que migraron hacia ellos en busca de oportunidades laborales para sí mismos y educativas para sus hijos.

Aunque en la actualidad los centros urbanos son significativos en la forma de poblamiento de la región, esto no quiere decir que el área rural ha perdido su relevancia. Más bien, lo que se presenta en el Pacífico es que las comunidades negras han consolidado una forma de poblamiento que combina, de diferentes maneras, lo rural y lo urbano (Villa, 1994). La relación campo-poblado es muy estrecha. Muchas de las personas que habitan en los poblados y ciudades tienen vínculos permanentes con el área rural, ya sea porque ellos mismos se desplazan por períodos a trabajar en sus fincas en el campo, por sus familiares. Así mismo, urbanistas y antropólogos han mostrado cómo las ciudades del Pacífico han desarrollado una interesante mezcla de elementos urbanos con rurales que son una hábil respuesta de la gente negra a las nuevas condiciones. Con la palabra de *rururbanos* algunos investigadores han indicado estos estrechos vínculos entre el campo-poblado (Álvarez, 1998).

Una parte considerable de la gente negra habita en las tres más grandes ciudades de la región: Quibdó, Buenaventura y Tumaco. Otra parte vive en la red de medianas y pequeñas urbes que se despliegan a lo largo del Pacífico. Barbacoas, Iscuandé, El Charco, Guapi, Itzmina, Bahía Solano y Río Sucio son algunos de sus nombres. Ciertas poblaciones, como Barbacoas, son muy antiguas y se remontan a la época colonial. Otros poblados, como El Charco, son más recientes, y adquirieron importancia sólo hacia el siglo xx. Gran parte de las comunidades negras del Pacífico habitan en pequeños caseríos compuestos de unas docenas de casas construidas en las orillas a lo largo de los ríos o playas. Más hacia la cabecera de los ríos o en las playas más alejadas de los conglomerados urbanos, es frecuente encontrar casas aisladas.

Espacios de uso y territorio

Desde muchas generaciones atrás, las mujeres y hombres que habitaban esta región han sabido aprovechar su entorno natural; han obtenido en ríos, esteros y mares una amplia variedad de peces. Han recolectado diversos frutos de sus bosques; han hurgado las arenas aluviales en búsqueda del mineral dorado; han cazado desde pequeños animales en los alrededores de las huertas con trampas colocadas para ellos, hasta aquellos más escurridizos que se encuentran en las entrañas de las selvas como venados, guaguas y zainos; han cultivado desde las zonas costeras hasta las cabeceras de los ríos, reproduciendo complejas asociaciones de plantas que responden no sólo a



Espacio urbano / Municipio de Nuquí, Chocó / F: Luis Alfonso Orozco Díaz

las condiciones del suelo, a la temperatura y a la influencia de las aguas, sino también a los ritmos y la diversidad de los bosques naturales. Estas modalidades de pesca, minería, cacería, recolección y cultivo son expresiones de un conocimiento detallado del entorno por parte de las mujeres y hombres que han habitado esta región desde hace cientos de años (Whitten, 1992).

La casa es uno de los espacios de uso más importantes, ya que gran parte de las vidas de la gente se desenvuelve allí. Tradicionalmente, en las zonas rurales las casas de las comunidades negras del Pacífico colombiano han sido construidas usando los materiales del bosque: palmas para los techos y los suelos, bejucos y cortezas para los amarres, árboles de los que se sacan tablas para las paredes y vigas para los soportes de la vivienda y el techo (Mosquera, 2004). Suspendidas a una altura de uno a dos metros del suelo, las casas han sido diseñadas para evitar las inundaciones y hacerlas más frescas. Con la separación del suelo se evita también que animales indeseados o peligrosos penetren en la casa. Los animales domésticos como gallinas o cerdos permanecen en las noches bajo las casas o en corrales destinados para ellos. En las casas se acostumbra hacer un *soberao*, una especie de ático o guardilla, en donde se guardan objetos. De esta forma, en las casas existen tres niveles verticalmente ordenados: el de los animales, abajo; el de las personas, en el medio; y el de las cosas, arriba. Sobre la división del espacio de las casas se puede decir otro tanto. Del más exterior al más interior se suceden la sala, las habitaciones y la cocina. La sala es el lugar más público, y la cocina el más privado. Las festividades o ceremonias siempre se efectúan en la sala. En cambio, los extraños e incluso los hombres de la familia no acceden comúnmente a la cocina. Mientras que la sala es definido como un lugar masculino, la cocina, como uno femenino (Camacho y Tapia, 1997).

Más recientemente, o en las zonas urbanas, los materiales de construcción de las casas tienden a variar: de los entechados con palma, a los techos de aluminio; de las tablas a los bloques de cemento o ladrillos. Los materiales "modernos" no siempre son más adecuados o mejores. Por el contrario, arquitectos y antropólogos han demostrado cómo los materiales tradicionales son más pertinentes a las condiciones de la región del Pacífico. Algunos de los habitantes consideran más calientes, insanas e incómodas las casas con techos de aluminio y bloques o ladrillos. Otros, sin embargo, prefieren estos materiales por el prestigio social asociado a quienes construyen sus casas así. Aunque cambien los materiales de construcción, las distribuciones vertical y horizontal de los espacios tienden a conservarse, incluso en las ciudades más pobladas como Quibdó, Buenaventura y Tumaco (Mosquera, 2004).

Alrededor de las casas hay otros espacios de uso: los jardines, huertos y *zoteas*. En los jardines fácilmente se encuentran plantas floridas y arbustos ornamentales con el propósito de embellecer las entradas de las casas. Además, es muy común encontrar en ellos otro tipo de plantas valiosas para el equilibrio y bienestar de los habitantes de la casa, ya que tienen por función detener malignos actos de brujería, curar o atraer la buena suerte. Los huertos o patios están localizados en la parte de atrás. En ellos se encuentran los más variados árboles frutales y algunos maderables. Igualmente, matas de plátanos o tubérculos como la papachina son sembrados allí, así como palos de cacao, palmas de coco, de chontaduro y de naidí; ocasionalmente se encuentran algunas plantas medicinales y de prevención de los ataques de brujería (Sánchez, 2002). Por los huertos rondan los animales domésticos como patos, gallinas y cerdos. A veces, se construyen en ellos chiqueros y gallineros. En general, el huerto o patio cumple la función de brindar a los habitantes de la casa productos de *pan coger*, esto es, productos usados para su alimentación. Aunque esto no significa que a veces no se venda, regale, preste o intercambie un ramo de chontaduros o de plátanos de la huerta.

Las *zoteas* son una forma de cultivo muy importante de las comunidades negras del Pacífico (Camacho, 1998). Estas construcciones están separadas del suelo al menos un metro por una armazón de madera. Para sembrar las plantas y yerbas, se llena con tierra especialmente preparada para ello una canoa vieja e inservible colocada encima de este armazón. Cuando no se cuenta con una canoa se hace un cajón rectangular con tablas, se labra el tronco de una palma o se colocan macetas y ollas viejas. Las *zoteas* suelen estar detrás de las casas, en los huertos, cerca de la puerta trasera al lado de la cocina. Pero en otras ocasiones pueden encontrarse a un lado de la casa o, más raramente, en el frente de la misma. En las *zoteas* se siembran yerbas y plantas que sirven para sazonar las comidas así como otras que son usadas a manera de remedios para diversas enfermedades o estados. Los tres espacios de uso mencionados —jardines, huertos y *zoteas*— están al cuidado de las mujeres (Camacho, 1998).

Los *colinos* y *rozás* son dos espacios de uso predominantemente dedicados a cultivos cuyas cosechas se venden en los mercados (Whitten, 1992). Los *colinos* se encuentran más o menos distantes de las casas: algunos a unos cuantos minutos, otros a horas de camino. En general, una familia cuenta con varios *colinos* localizados en diferentes partes y en diversos periodos de crecimiento. Los *colinos* son áreas con cultivos permanentes donde sobresale el plátano (de cuya forma de siembra recibe su nombre). Pero al igual que en los huertos, en los *colinos* se



encuentran árboles frutales y maderables, así como plantas alimenticias, medicinales y rituales. Agrónomos e ingenieros forestales han estudiado la complejidad de estas formas de cultivo que asocian múltiples especies de acuerdo con influencias mutuas positivas, combinándolas a su vez con otras especies silvestres, seleccionadas con el fin de asemejar los ecosistemas naturales (Del Valle, 1996). A diferencia de los huertos, los *colinos* tienden a ser más extensos, y están orientados hacia la producción para la comercialización. Son un espacio de uso de los hombres.

Mientras que los *colinos* se localizan en las orillas de los ríos o esteros, las *rozas* están internadas en los bosques. Éstas son claros hechos en el bosque para sembrar cultivos estacionales como el maíz o el frijol. La técnica de cultivo de las *rozas* se conoce como "tumba y pudre" porque se tumba la vegetación de un área para que al descomponerse brinde amplios nutrientes a las plantas cultivadas. Una misma *roza* se puede utilizar en dos o tres ocasiones, luego de lo cual se deja recuperar la tierra y crecer el bosque por algunos años antes de sembrar nuevamente allí; de esta forma rota el uso del suelo. Para el cultivo del arroz se escogen tierras fangosas, rotando el uso de los mismos de manera semejante. El coco, por su parte, es común en las líneas costeras. La técnica de la rotación asociada al tumba y pudre refleja la sabiduría en el manejo ambiental de las comunidades negras, porque aprovecha las condiciones del bosque húmedo tropical, sin atentar contra su conservación y diversidad biológica (West, 2000).

El monte es otro espacio de uso. Las comunidades negras distinguen tres tipos de monte de acuerdo con el grado de intervención humana o de regeneración: el monte *biche* o *bravo*, el monte *alzado* y el rastrojo. El monte *biche* o *bravo* es el que no ha sido cultivado y permanece virgen, o lo fue hace tantos años atrás que ya no es posible reconocer las huellas de la mano humana. El monte *alzado* es aquella área que ha sido cultivada hace ya suficientes años para que el bosque, en gran parte, se haya regenerado. Rastrojo son los lugares de cultivo que hace poco tiempo han sido abandonados y donde apenas empieza el proceso de recuperación de la vegetación silvestre.

Los usos del monte son variados. Es el lugar donde se desarrollan gran parte de las faenas de caza: animales como el venado, el zaino, el tatabro y la guagua hacen parte de las presas; aves como la pava y la perdiz son altamente valoradas por los cazadores. Del monte además se recolectan frutos para la alimentación y materiales de construcción.

Igualmente, en el monte se encuentran yerbas propias de la curación o la hechicería. Muchas preciadas materias primas para vender en los mercados han sido extraídas del monte; el caucho,

la tagua, el naidí y la madera hacen parte de las más codiciadas. En ciertos ciclos y localidades, extraer alguno de estos productos forestales ha sido la labor que mayores ingresos monetarios ha reportado para algunos de los pobladores locales. Al igual que los *colinos* y *rozas*, el monte es un espacio predominantemente masculino. Solo los hombres se encargan de la cacería en los montes, y ellos son quienes recolectan gran parte de sus frutos o quienes más se dedican a la extracción de los productos forestales (Camacho y Tapia, 1997).

En la línea costera, dadas las condiciones salubres de aguas y suelos, se encuentran los bosques de manglar. El mangle, con sus zancudas formas debido a las múltiples raíces que sobresalen notablemente de los suelos, es uno de los pocos árboles en el mundo adaptado a estas condiciones. Entre los usos más importantes del manglar están la recolección de crustáceos como la piangua o de cangrejos; la cacería de animales como el oso perezoso o la iguana; la selección de madera para la construcción de casas, leña o carbón; y, hasta hace unas décadas, la explotación de las cortezas de los mangles para la extracción de la quina necesaria para la industria del cuero. El manglar es un espacio tanto de mujeres como de hombres. La labor de las mujeres ha sido la recolección de piangua y de cangrejos, mientras que los hombres han sido los encargados de la cacería y la extracción de maderas y cortezas del mangle (Arocha, 1998).

Los ríos, bocanas, esteros y mares constituyen otra serie de espacios acuáticos diversamente usados por las comunidades negras del Pacífico colombiano. Los *esteros* son los canales laberínticos entre los manglares, mientras que las *bocanas* son las amplias desembocaduras de los ríos, donde el agua marina se mezcla con la del río (Oslender, 2008). De estos espacios acuáticos se han obtenido los más variados tipos de peces: desde la pequeña canchimala sacada con anzuelos en las *bocanas* y ríos, hasta el pargo rojo atrapado mediante redes en el océano; desde el inofensivo guacuco, hasta el peligroso tiburón. Los espacios acuáticos son las vías de transporte más importantes, y a veces las únicas existentes en la región; de ahí el papel central desempeñado por las canoas (llamadas también *chalupas* y *potrillos*) en el movimiento de personas, mercancías y utensilios. Saber maniobrar e interpretar los signos de estos espacios acuáticos es una destreza aprendida desde muy temprana edad.

Todos los espacios de uso descritos hacen parte del territorio de las comunidades negras. Sin embargo, el territorio incluye también otros ámbitos que, aunque no son visibles, son igualmente reales e importantes en términos culturales. Los espacios de uso pertenecen a *este mundo*, pero

existen además otros mundos. El cielo, la gloria y el purgatorio constituyen mundos habitados por santos, vírgenes y angelitos. Por el contrario, el infierno es el mundo de las visiones como el diablo, la cucuragua o la tunda. Hay otros mundos, como aquéllos donde viven los encantos y sirenas, o aquél del que se habla en el Pacífico sur donde habitan unos seres cuyo cuerpo es al revés del humano, que además de carecer de ano se alimentan con el olor de las comidas (Restrepo, 1996b).

Todos estos seres circulan por el mundo de las comunidades negras, siendo algunos espacios y momentos más visitados que otros. El monte y el cementerio son lugares donde las *visiones* se mueven con facilidad, particularmente en las noches y durante los días sagrados. Durante los *arrullos* o ceremonias religiosas, los altares de las casas e iglesias son visitados por santos y vírgenes (Whitten, 1992). Todos los mundos se encuentran interconectados, constituyendo una compleja noción de territorio. Por eso, la confluencia e interacción entre estos diferentes mundos y sus habitantes establece las condiciones mediante las cuales las comunidades negras experimentan su territorio.

Economía

Una característica de la economía de las comunidades negras del Pacífico es que han sabido combinar distintas actividades productivas de acuerdo con las variaciones en los ecosistemas de la región (Leal y Arocha, 1993). Así, en la zona costera, donde se encuentran manglares, bocanas, esteros, playas y mares, las comunidades negras se han dedicado a la pesca y la captura de crustáceos. En cambio, la agricultura y la extracción de madera han sido las actividades principales en las zonas bajas y medias de los ríos, donde abundan los bosques y suelos más apropiados. Por último, la minería ha sido una actividad central en las partes medias y altas de los ríos, ya que en esas áreas se encuentra el oro y el platino (Villa, 1994).

Ahora bien, cada una de estas actividades principales se combinan con otras complementarias. Las comunidades negras asentadas en las costas que se dedican predominante a la pesca también destinan parte del tiempo a sus fincas y se internan en los bosques para cazar o para extraer madera. Igual sucede con las comunidades donde predominan la agricultura y la extracción de



Jurubirá, Nuquí, Chocó / F: Luis Alfonso Orozco Díaz



Actividad minera / Municipio de Tadó, Chocó / F: Guillaume Collanges / Archivo fotográfico: Fundación Amigos del Chocó (Amichocó)

madera; aunque en estas áreas se dedica gran parte del trabajo al cultivo de productos para vender en el mercado, como plátano o el cacao, ya sea a sacar la madera de los bosques para venderla a los aserríos, parte del tiempo también se dedica a la cacería o la pesca menor para el consumo familiar. Otro tanto puede decirse sobre aquellas áreas donde la minería ha ocupado un lugar central, ya que esta actividad se combina con otras, como el cultivo en las fincas o la cacería. Varios investigadores (Oslender, 2008; Sánchez, 1996) han señalado que esta combinación de una actividad central con otras complementarias constituye una sabia estrategia adaptativa de las comunidades negras a los ecosistemas de la región del Pacífico colombiano.

Dada la relativa especialización de estas tres áreas, diferentes productos han circulado desde las costas hasta las cabeceras de los ríos, y viceversa (Leesberg y Valencia, 1987). De las costas se comercializan cocos y pescado hacia las zonas agrícolas y mineras que están localizadas en las partes medias y altas de los ríos. A su vez, de las zonas agrícolas se comercializa el plátano y el chontaduro hacia las costas y zonas mineras. Por último, el oro en polvo ha servido para obtener aquellos productos provenientes de las costas o zonas agrícolas (Leal y Restrepo, 2003). Visto desde una perspectiva ecológica, cada una de las cuencas de río (desde las cabeceras hasta su desembocadura en el mar) han constituido una unidad de producción que conjuga poblaciones localizadas en los distintos ecosistemas, accediendo a variedad de productos mediante el intercambio o comercio.

Las actividades productivas de las comunidades negras no se encuentran orientadas únicamente a satisfacer el consumo familiar y el comercio o intercambio regional. Una característica muy importante de la economía de dichas comunidades ha sido sus vínculos con mercados externos que demandan productos de la región. El oro fue objeto de codicia de los esclavistas y el motivo por el cual fueron introducidos cientos de esclavizados africanos a la región. El Pacífico representó una de las fuentes más ricas de mineral dorado extraído de los depósitos aluviales de los inmensos dominios coloniales de España.

En el siglo XIX, ya en el período republicano, nuevas fuentes de riqueza fueron explotadas. La tagua y el caucho fueron dos de las más importantes. La tagua, semilla del tamaño de un huevo, es conocida como marfil vegetal dada su dureza y color. Antes de la invención de materiales sintéticos hacia los años treinta, se usó predominantemente para la producción de botones en Europa y en Estados Unidos. El caucho, por su parte, fue estratégico para muchas ramas industriales de

estos países, entre las cuales estaba la floreciente industria automotriz. Con el descubrimiento del caucho sintético, en la primera mitad del siglo xx, el caucho natural pasó a segundo plano. La actividad de recorrer los bosques para tumar los árboles de caucho de los cuales se extraía la goma, prácticamente desapareció de la región (Del Valle, 1993).

La corteza de los árboles de mangle fue extensamente extraída hacia la mitad del siglo xx para utilizar su alto contenido de tanino en la industria de curtimbres en las fábricas del interior del país (Prahl *et al.*, 1990). La madera ha sido, sin embargo, el producto forestal que más se ha explotado en el Pacífico. Entre los años cuarenta y setenta, la madera era exportada hacia los mercados extranjeros; desde la década del ochenta se dirige a satisfacer la demanda de ciudades del interior como Cali, Bogotá y Medellín.

El oro, la tagua, el caucho, la corteza de mangle y la madera son productos que muestran los estrechos vínculos que las comunidades negras han tenido con el resto del país y del mundo. Aunque, cabe señalarlo, las condiciones y los precios pagados por estos productos han sido ampliamente adversos para dichas comunidades y su región. Estas condiciones y precios desfavorables han generado una *economía extractiva*, en la cual quienes han obtenido casi toda la ganancia han sido los comerciantes que se enriquecen a despesa de las comunidades y de sus recursos (Leal y Restrepo, 2003).

Los grupos de trabajo pueden variar desde dos personas en una faena de cacería nocturna hasta más de una decena, número necesario para halar las extensas redes de pesca llamadas chinchorros o para remover los barrancos y rocas en la tradicional minería del oro. En la constitución de los diferentes grupos de trabajo a menudo participan familiares. Sean parientes o no, entre los miembros de un grupo de trabajo se pueden establecer diferentes lazos filiales.

Las relaciones de trabajo asociativo han sido muy importantes para las comunidades negras. Estas relaciones asociativas se establecen cuando se acuerda trabajar conjuntamente para beneficio común. Una de las más extendidas en el pasado era el *cambio de mano*, consistente en que se intercambian los días de trabajo entre los miembros de un grupo de forma equitativa. Así, por ejemplo, un grupo de cinco personas, en cambio de mano, trabajaría en la finca de cada uno por igual número de días rotando hasta cubrir a todos los miembros del grupo. En la actualidad, *la junta o sociedad* es la relación asociativa más extendida en la región. Una junta o sociedad

se da cuando dos o más personas deciden constituir un grupo de trabajo para una actividad específica, repartiendo por partes iguales las ganancias. Ya sea el *cambio de mano* o *la junta*, en estas relaciones de trabajo asociativas lo que prima es el intercambio de trabajo y la ayuda mutua (Whitten, 1992).

Además de las relaciones de trabajo asociativas, existen otras como el jornal, el pago por producción (*destajo*) o el endeude, que tienden a favorecer los intereses de una persona por encima de los de la otra u otras. El *jornal* es la forma de trabajo pagado más generalizada en la región. Un jornal equivale a un día de trabajo. A diferencia del salario, el jornal no involucra un contrato escrito sino uno oral y puede ir desde un día hasta varias semanas o meses. El pago por producción, conocido también como *destajo*, implica que alguien le paga a otro por el resultado de su trabajo y no por los días que se han trabajado. Por ejemplo, a las peladoras de camarón en Tumaco les pagan por las libras de camarón que han limpiado y dejado listas para el empaclado. Igual sucede con los cosechadores de las frutas de la palma africana en las plantaciones de las empresas del Pacífico sur.

El endeude o compromiso es una de las relaciones centrales en la economía de la que participan las comunidades negras (Leal y Restrepo, 2003). Se establece cuando una persona, conocida como *patrón*, le adelanta a otra u otras dinero o mercancías, o ambos, para la producción de una mercancía determinada, ya sea oro, pescado, madera, etc. Quien recibe el adelanto se encuentra en la obligación de entregar el producto de su trabajo a su patrón. Por este producto el patrón le paga un precio generalmente inferior al que existe en el mercado local. Por ejemplo, un grupo de corteros que no cuenta con los recursos suficientes para internarse en el monte durante semanas decide pedir un adelanto a un dueño de aserrío. Éste les hace un préstamo en dinero y en productos necesarios para la alimentación y el trabajo. Los corteros se van al monte a trabajar hasta que llevan las trozas de madera hasta el aserrío de quien les hizo los adelantos. Estas trozas son tomadas por el dueño del aserrío a un precio más bajo del que pagaría si no hubiera proporcionado adelantos. El dueño de aserrío saca los adelantos que ha hecho dándoles a los corteros el monto restante. Dado que el precio pagado por la madera es muy bajo, no pocas veces los corteros ni siquiera alcanzan a cubrir el préstamo inicial, y se ven obligados a solicitar más adelantos para traer más madera. Este ciclo se repite, dándose muchos casos en que los corteros trabajan sólo para cubrir deudas que no alcanzan a pagar. Como bien lo han dicho algunos corteros, el endeude es otra forma de esclavitud.



Otro aspecto que debe tenerse en cuenta para analizar las modalidades económicas de las comunidades negras del Pacífico se refiere al hecho de que éstas no responden a la simple acumulación de dinero. Esto se ha prestado para muchos mal entendidos por parte de aquellas personas, generalmente del interior del país, que ignoran la riqueza de las formas culturales de las comunidades negras y que son ciegas a valores distintos de un demencial afán de atesoramiento monetario. La sabiduría ambiental de los ritmos y prácticas tradicionales de producción de estas comunidades es despreciada por quienes llegan a la región en aras de ganar prontamente un manojo de pesos a costa de destruir bosques y explotar a seres humanos (Escobar y Pedrosa, 1996).

Con la irrupción del cultivo de coca en muchas regiones del Pacífico, la consolidación de las intervenciones agroindustriales como el cultivo de la palma africana y la creciente presencia de la minería mecanizada en forma de dragas y retroexcavadoras, las comunidades negras se han enfrentado a diversas transformaciones de las condiciones económicas de existencia en los últimos veinte años. Hoy, los modelos ancestrales y la racionalidad económica subyacente entran en tensión con esas las nuevas expresiones extractivas en la región.

Familia, compadrazgo y autoridad

Las relaciones familiares constituyen una parte crucial de la organización social de las comunidades negras. Las familias son amplias e incluyen abuelos, tíos abuelos, primos, *entendados* y hermanos de crianza, entre otros. Por eso los antropólogos hablan de familia extensa (Losonczy, 2006). Las mismas comunidades de algunas partes del Pacífico se refieren a la familia como grandes troncos de los cuales se desprenden muchas ramas. A veces, en una casa vive una parte de los troncos familiares. Pero por lo general, una familia extensa tiende a habitar en varias casas construidas unas muy cerca de las otras en un mismo río, estero, playa, poblado o barrio. Algunas familias extensas o troncos familiares pueden cubrir gran parte de un río o un caserío (Friedemann, 1974; Hoffmann 2007).

Sobre todo en ciertas zonas mineras del Pacífico, los troncos familiares son los propietarios de terrenos de cultivo y de habitación, y de las minas. Para tener derecho a usufructuar estos terrenos y trabajar en la mina se debe ser miembro del tronco familiar. En este caso los grupos de trabajo están

constituidos por parientes. Ahora bien, en otras partes del Pacífico mediante las familias extensas que generalmente se accede a la tierra para cultivar y construir la casa, o a los bosques de donde se puede extraer madera, pero los grupos de trabajo no están necesariamente conformados por parientes. Por su parte, en los poblados y ciudades los miembros de las familias extensas tienden a ser muy solidarios entre sí, ofreciéndose mutuamente ayuda, alojamiento y recursos.

Una persona pertenece tanto al tronco de su padre como al de su madre, sean ellos de sangre o de crianza. Un hijo de crianza tiene los mismos derechos y obligaciones familiares que uno que ha sido engendrado. Lo importante es crecer en el seno de la familia y participar en las labores del tronco familiar. Un hermano o hermana de crianza tiene el mismo estatus que uno de sangre, y se prohíbe el matrimonio con ellos. Durante su vida, una mujer puede tener sucesivos maridos así como un hombre varias mujeres. Los antropólogos usan las palabras de poligamia sucesiva o simultánea para referirse a esta forma de matrimonio que se puede encontrar en diferentes civilizaciones del mundo. Algunos estudiosos consideran que las raíces de este tipo de matrimonio se remontan al África (Riascos, 1994). En este mismo sentido, estos investigadores han afirmado la centralidad de la línea de descendencia materna (bisabuela/abuela/madre) en la constitución de los troncos familiares.

El compadrazgo/padrinazgo constituye la relación más importante de la organización social después de las de los parientes (Losonczy 2006; Otero, 1994). La forma más común de establecer una relación de compadrazgo es a propósito del bautismo de un hijo. Hay dos tipos de bautismos: el de agua y el de óleo. La diferencia radica en que el de agua se hace primero y sin la participación de un sacerdote. Este bautismo busca prevenir que, en caso de muerte, al bebé se le niegue su lugar en la gloria y quede penando en *este mundo*. El bautismo de óleo se hace generalmente en una iglesia y requiere la participación de un sacerdote.

La relación entre los compadres y comadres es muy estrecha, demanda extremado respeto y se espera colaboración y apoyo mutuo. Por eso, entre compadres y comadres no deben haber peleas ni discusiones, así como tampoco pueden casarse entre sí ni sostener relaciones sexuales. Es común que compadres y comadres trabajen juntos. Entre ellos se hacen favores y nadie duda de ayudar a su compadre o comadre cuando hay condiciones para hacerlo. Si alguien tiene que viajar a otro lugar, piensa tanto en sus compadres y comadres como en sus familiares para visitarlos y estar con ellos el tiempo requerido. El compadrazgo no sólo se establece entre miembros



urubirá, Nuquí, Chocó / F: Luis Alfonso Orozco Díaz

de las comunidades negras; también es central en las relaciones de intercambio y reciprocidad entre negros e indígenas (Losonczy, 2006).

Las personas de más edad de un tronco se conocen como los “mayores” (Cassiani, 2004). Ellos han sido fuente de sabiduría, de memoria y respeto. Por eso, los mayores son una figura de autoridad y de prestigio. Esta autoridad se basa especialmente en el reconocimiento hacia ellos, al consultar y atender su opinión en las decisiones individuales y colectivas así como en las disputas surgidas entre miembros del tronco familiar o vecinos.

Otras figuras de autoridad han sido los curanderos y las parteras, ya que sus conocimientos son muy valiosos para la comunidad. Al igual que los mayores, los curanderos y las parteras son consultados en caso de querellas o decisiones por tomar. El brujo, por su parte, ha basado su autoridad en la conjugación del temor y la admiración que inspira (Mosquera, 2004; Sánchez, 2002). Los sacerdotes y religiosas han sido ampliamente respetados y acatados por las comunidades negras. Algunos de ellos, como el famoso padre Mera en Tumaco, se dedicaron a recorrer la región para desterrar las “prácticas del demonio” que delirantemente veían en bailes, música o formas de matrimonio (Arboleda, 2004). En tiempos recientes, los sacerdotes y religiosas han cambiado su actitud hacia las prácticas culturales de las comunidades negras, reconociendo su valor y su expresión de religiosidad.

Ahora bien, desde mediados del siglo xx otras figuras de autoridad y de prestigio han competido con el lugar de mayores, curanderos, parteras, brujos y sacerdotes. El maestro ha ocupado un sitio destacado, particularmente en las áreas rurales. De la misma manera, la educación ha sido factor de prestigio y de autoridad, especialmente cuando involucra niveles universitarios en carreras como derecho o medicina. Igual puede decirse de los cargos en el gobierno local, desde alcaldes hasta funcionarios. Los líderes comunitarios han adquirido reconocimiento, algunos de ellos más allá de sus localidades, al establecer luchas que los llevan a las esferas departamentales y nacionales.

En la segunda mitad de los noventa, en las zonas rurales se establecieron los Consejos Comunitarios, una forma de gobierno propia de las mismas comunidades. Los Consejos Comunitarios fueron creados en 1995 a partir de la Ley 70 de 1993; esta ley, que se desprende de la Constitución Política de 1991, reconoce a las comunidades negras del país la propiedad colectiva sobre sus



territorios, así como sus derechos culturales y socio-económicos como grupo étnico. La Ley 70 es el resultado de un proceso organizativo de la comunidad negra en Colombia que tiene sus orígenes en los años setenta con entidades como Cimarrón, pero cuya lucha se remonta al período colonial; otros antecedentes más inmediatos son las organizaciones campesinas del Chocó surgidas desde mediados de los ochenta. La Asociación Integral Campesina del Atrato (ACIA) fue la primera organización cuya lucha se estableció en términos de defensa del territorio, la identidad y la cultura de las comunidades negras (Villa, 1998). De ahí que este tipo de organizaciones sean llamadas étnico-territoriales, junto con los Consejos Comunitarios de comunidades negras constituyan las formas de autoridad, decisión y gestión de las mismas sociedades.

En la actualidad, muchas de estas formas de autoridad han sido socavadas por las transformaciones de la región del Pacífico. La presencia de actores armados, los desplazamientos forzados, el mayor embate del capital y de los intereses de poblaciones foráneas, así como estructuras clientelares de los partidos y políticos convencionales han significado un cambio en las relaciones de autoridad descritas.

Curanderos, parteras y brujos

Existen mujeres y hombres con los conocimientos de plantas y secretos para curar diferentes tipos de enfermedades y accidentes así como para asistir a las mujeres que dan a luz. Las enfermedades y accidentes son de dos tipos: los divinos y los humanos. Los primeros ocurren por el descuido, el exceso o la voluntad divina; para curarlos están los curanderos. Por su parte, las enfermedades y accidentes humanos son asociados con el diablo y ocurren por la intervención de un brujo, quien es el único que puede deshacer la brujería. Así, la mordedura de una culebra venenosa puede ser divina o humana. Si es divina el curandero la tratará recurriendo a yerbas y a secretos, pero si es humana sólo un brujo puede tratarla (Lobo-Guerrero y Xochitl, 1990).

Un médico no puede curar una enfermedad o accidente causados por el diablo. Si los trata, el paciente empeorará y morirá irremediablemente. Además, el médico y las drogas tienen competencia sólo sobre ciertas enfermedades y accidentes divinos, pero no sobre todos; en estos casos su intervención puede igualmente empeorar la situación del paciente e incluso llevarlo a

la muerte. El mal de ojo, el tabardillo, el mal aire y el espanto son algunas de esas enfermedades y accidentes que no pueden ser tratados por médicos ni con los remedios formulados por estos profesionales. Para aliviar este tipo de padecimientos están los curanderos (Mosquera, 2001; Sánchez, 2002; Velásquez, 2000).

Las yerbas usadas por los curanderos operan para recomponer los equilibrios de temperaturas o de fluidos perdidos en el cuerpo y las sombras. Por ejemplo, para una enfermedad caliente se prescriben baños, tomas y sobijos compuestos con yerbas frías o frescas. De la misma manera, ante la pérdida de sangre o el cambio desfavorable en su composición se utilizan yerbas que permitan la retención de sangre o su reconstitución. Igualmente, las dietas y restricciones sexuales hacen parte de la terapia definida por el curandero para las enfermedades y accidentes. Ciertas carnes, frutas, líquidos o granos agravarían la situación del enfermo, por lo que le son prohibidas mientras dura su curación. Por ejemplo, carnes consideradas sangrinas o bravas son eliminadas de los alimentos de una persona mordida por una culebra venenosa, ya que las primeras le producirían hemorragias mientras que las segundas activarían la efectividad del veneno que aún permanece en su cuerpo (Galeano, 1996). Los curanderos también usan "secretos" divinos. Un secreto es una oración que el curandero conoce de memoria y que le da poder de curar ciertas enfermedades y accidentes. Aunque hay curanderos que sólo curan con secretos y otros sólo con yerbas, lo más común es que un curandero combine ambas modalidades de acuerdo con sus conocimientos y la situación que enfrenta (Lobo-Guerrero y Xochitl, 1990).

Las parteras, al igual que los curanderos, están asociadas al orden divino. En primer lugar, ellas son las encargadas de asistir a las mujeres en su embarazo y, sobre todo, en el momento en que dan a luz. Las parteras son, además, quienes dotan al recién nacido con el apropiado comportamiento sexual al cortar el cordón umbilical y enterrarlo junto con los sobrantes de la placenta en el lugar adecuado: para las mujeres cerca de la casa, para los hombres en la frontera con el monte. No en pocas ocasiones las parteras son las encargadas de ombligar a los niños. En resumen, la función de partera es recibir al bebé otorgándole las características adecuadas para ser un miembro de la comunidad (Losonczy, 1989).

Los brujos, por su parte, son temidos porque sus poderes pertenecen al orden de lo humano o del diablo. Un brujo puede transformar un bejuco en una serpiente venenosa para perseguir a una persona determinada hasta morderla. Igualmente, en una quebrada o río puede poner una madre



de agua que espera con paciencia a que su víctima pase por allí para ahogarlo. En una finca, un brujo puede hacer que los cultivos no germinen o se pierdan. Puede coger el rastro de una persona o capturar su sombra con el propósito de producirle grandes padecimientos y la muerte. También puede curar enfermedades o accidentes que han sido causados por otro brujo, pero para hacerlo debe ser más poderoso que quien los ha causado (Restrepo, 1996b).

Estas figuras del curandero, la partera y el brujo constituyen una pequeña muestra de las complejas filosofías sobre el cuerpo, la salud, la vida y la muerte que las comunidades negras han desarrollado durante generaciones. En ellas se expresa la riqueza cultural de dichas sociedades.

Funebria, santos y visiones

El mundo de los vivos y el de los muertos están estrecha e indisolublemente conectados. Muertos, santos y visiones se mueven por el mundo de los vivos (Losonczy, 1991). Cuando un niño menor de siete años muere se considera que es un *angelito*. Para que ascienda a la gloria se hace un *chigualo* o *gualí*. En el *chigualo* las mujeres cantan durante toda la noche, mientras que los hombres las acompañan tocando instrumentos musicales como el *bombo* y los *conunos*. Además de cantar, algunas mujeres tocan las guasas. La muerte de un pequeño niño es motivo de alegría ya que él llegará a la gloria y velará por el bienestar de sus padres y padrinos. Pero si se derraman muchas lágrimas, el angelito no podrá alcanzar la gloria porque se ahogará en ellas. El cadáver del infante se viste de blanco, se lo coloca en un rincón de la sala sobre una mesa también cubierta de blanco y se lo rodea de flores de coloridos papeles hechas especialmente para la ocasión. Después de toda una noche de *chigualo*, a la cual asisten parientes y vecinos, se entierra en el cementerio luego de llevarlo a la iglesia en una procesión liderada por los niños mayorcitos (Losonczy, 2006).

Las canciones en los *chigualos* son conocidas como *arrullos* y son muy parecidas a las que se interpretan para que los santos y vírgenes desciendan temporalmente del cielo a escuchar las demandas de quien organiza el evento o a recibir los agradecimientos por los favores concedidos. En los *arrullos* para santos y vírgenes también se tocan guasas, bombo y conunos. Estos *arrullos* se hacen en la sala de la casa del devoto, quien por lo general ha levantado un pequeño altar para



Fiestas de San Pacho / Patrimonio Inmaterial de la Humanidad (2012), Unesco / Municipio de Quibdó, Chocó / F: Luis Alfonso Orozco Diaz

honrar a su santo o virgen. Tanto en el *chigualo* como en el *arrullo* de santo o virgen, se produce una conexión o puente entre el mundo de lo divino y el de los seres humanos, por el cual pueden circular las entidades divinas y libres de pecado, mas no los otros seres humanos, cuya función es sólo permitir esa conexión o puente (Velásquez, 2000).

Cuando el muerto es alguien mayor de siete años ya no se le considera un angelito y las actividades para ayudarlo a dejar este mundo son muy distintas. Las manifestaciones de dolor no sólo son permitidas, sino que son prescritas. Los dolientes más cercanos se ven pronto acompañados por familiares distantes, vecinos y amigos que permanecen con ellos durante las actividades funerarias que incluyen el velorio, el enterramiento y la novena. Estas actividades son indispensables para conducir el cuerpo y el alma del muerto hacia su nuevo destino (Restrepo, 1996b). Los *alabaos* son las canciones que se usan en estos casos. A diferencia de los *chigualos* y los *arrullos*, los *alabaos* son manifiestamente tristes y sólo involucran las voces, sobre todo, femeninas, sin ninguna participación de instrumentos musicales.

Al momento de la muerte, el alma o sombra se separa del cuerpo saliendo por la parte superior de la cabeza con el último respiro. Mientras exista respiración, así sea tenue y casi imperceptible, el cuerpo se halla vivo. Una vez el alma o sombra abandona el cuerpo, queda en la casa donde se realiza el velorio. Por eso, después del enterramiento del cuerpo, se construye en la sala una especie de altar llamado *tumba*. Dicha *tumba* tiene un fondo blanco de telas sobre las que se colocan velas, imágenes religiosas y, con frecuencia, una o varias mariposas negras así como flores, plantas y el nombre del fallecido. Usualmente, se deja un pequeño recipiente con agua para que la sombra sacie su sed.

Esta *tumba* se deja por los nueve días y noches que dura la novena. Cada noche se reúnen dolientes, familiares, vecinos y amigos para cantar *alabaos* y rezar hasta cerca de la medianoche. La novena noche, conocida como la última noche, es la más importante, ya que unos minutos antes del alba, en medio de los *alabaos* y de la tristeza de los asistentes, se apagan las velas y luces para desarmar la *tumba* obligando al alma o sombra del muerto a abandonar para siempre aquel lugar (Velásquez, 2000).

Un muerto puede convertirse en visión si no se realizan las actividades funerarias correspondientes; así mismo, si cuando estaba vivo hizo pactos con el diablo en aras de atesorar dinero o de acrecen-

tar sus habilidades en el trabajo, la pelea o el amor. En general, las visiones pertenecen al diablo o Luzbey. Cuando un muerto se transforma en visión ronda por ciertos espacios y tiempos. El cementerio y el monte son dos de los espacios en donde más frecuentemente vagan los muertos, así como en las noches y, en particular, las de ciertos días sagrados. Pero el muerto no es la única visión que existe. Hay muchas otras: la tunda, la cucuragua, el riviél, el duende, la bruja y el maravelí, son algunas de las más conocidas. Estas visiones recorren diferentes lugares, en los cuales se producen encuentros más o menos peligrosos para quienes se cruzan en su camino (Camacho, 1997).

En síntesis, el universo de las comunidades negras del Pacífico es compartido con diferentes seres; algunos pertenecen al orden divino, otros al de la gente y otros más al de las visiones. Estos seres se encuentran durante determinados momentos y lugares dado que unos y otros se mueven en diversas direcciones. Existen distintas actividades para permitir o impedir que se establezcan puentes o se den encuentros entre ellos.

Identidad cultural y racismo

Renacientes es una palabra usada en algunos lugares del Pacífico colombiano (Del Valle y Restrepo, 1996; Friedemann, 1974). En ella está condensada mucho del pensamiento de las comunidades negras. Uno de sus más importantes significados es el que alude a las actuales personas como los *renacientes* de las generaciones que vivieron en el pasado. Se puede escuchar, por ejemplo, cómo alguien se refiere a sí mismo o a otros como los *renacientes* de los mayores. Pero *renacientes* no son sólo las personas, sino también muchos otros seres como animales o árboles. Desde la *fundación del mundo*, los *renacientes* se suceden unos a otros en infinitos ciclos que tienden a replicar los ciclos anteriores, por lo menos en cuanto a la imposibilidad de la extinción de cualquiera de los seres que lo componen. Dicho de otra forma, desde la fundación del mundo ha habido culebras, venados, tatabros y gente; por tanto, siempre habrán. Si no se encuentran venados o tatabros, por ejemplo, no es porque se hayan extinguido sino porque se han alejado hacia los centros de los montes.

Algunos activistas de las organizaciones de comunidades negras han sugerido esta palabra como la más adecuada para referirse a las comunidades negras del Pacífico (Cassiani, 2004). Desde